

La muerte de Bernardo Reyes el 19 de febrero de 1913, constituyó un trágico desenlace a una destacada carrera pública que alcanzó su cumbre cuatro años antes cuando Reyes se negó a dimitir la oposición que estaba encabezando contra la dictadura de Porfirio Díaz. Aunque sus primeros triunfos los ganó en el campo de batalla, los más grandes éxitos del hábil general tuvieron lugar en el campo administrativo veinte y cuatro años antes (1885-1909). Como colaborador de don Porfirio en la construcción del México moderno, Reyes se levantó siendo un virtual desconocido para convertirse en una de las principales luminarias de la época porfiriana.

Temerario y enérgico, comenzó su carrera en 1885 destruyendo el cacicazgo Treviño-Naranjo en Nuevo León y luego procedió a guiar la destinación del Estado como su gobernante por más de dos décadas. Aplicando principios autoritarios aprendidos en su experiencia como militar, dio a Nuevo León la administración más honesta y eficiente que había conocido hasta entonces. Sin ninguna muestra ostentosa de poder, mantuvo su mano firme en el Estado de Nuevo León, y estableció una dictadura benévola bajo la cual el Estado, y especialmente Monterrey, se transformaron de su estado hurgado en un centro industrial y comercial de primer orden. Para Bernardo Reyes esta política se convirtió en el Gobernador más destacado del porfirismo.

No solamente en el campo de la administración estatal destacó don Bernardo. También se distinguió como agente de Díaz en la frontera noreste. En esta era el prototipo de la época y del sistema político bajo el cual operaba. Con un nivel inigualable hasta don Porfirio manejó todos los asuntos políticos, estatales y nacionales en Nuevo León, Coahuila y en menor grado, en Tamaulipas de acuerdo con los deseos del dictador. Desempeñando sus deberes de Reyes en el gobierno que se le atribuye a la política de Díaz.

Como Gobernador de Nuevo León y agente de don Porfirio en la región que controlaba, don Bernardo Reyes fue el hombre. Para el nuevo sistema político que surgió en 1913, Reyes fue el hombre que más se le atribuye a la política de Díaz. Como Gobernador de Nuevo León y agente de don Porfirio en la región que controlaba, don Bernardo Reyes fue el hombre que más se le atribuye a la política de Díaz.

La muerte de Bernardo Reyes el 19 de febrero de 1913, constituyó un trágico desenlace a una destacada carrera pública que alcanzó su cumbre cuatro años antes cuando Reyes se negó a dimitir la oposición que estaba encabezando contra la dictadura de Porfirio Díaz. Aunque sus primeros triunfos los ganó en el campo de batalla, los más grandes éxitos del hábil general tuvieron lugar en el campo administrativo veinte y cuatro años antes (1885-1909). Como colaborador de don Porfirio en la construcción del México moderno, Reyes se levantó siendo un virtual desconocido para convertirse en una de las principales luminarias de la época porfiriana.

Temerario y enérgico, comenzó su carrera en 1885 destruyendo el cacicazgo Treviño-Naranjo en Nuevo León y luego procedió a guiar la destinación del Estado como su gobernante por más de dos décadas. Aplicando principios autoritarios aprendidos en su experiencia como militar, dio a Nuevo León la administración más honesta y eficiente que había conocido hasta entonces. Sin ninguna muestra ostentosa de poder, mantuvo su mano firme en el Estado de Nuevo León, y estableció una dictadura benévola bajo la cual el Estado, y especialmente Monterrey, se transformaron de su estado hurgado en un centro industrial y comercial de primer orden. Para Bernardo Reyes esta política se convirtió en el Gobernador más destacado del porfirismo.

No solamente en el campo de la administración estatal destacó don Bernardo. También se distinguió como agente de Díaz en la frontera noreste. En esta era el prototipo de la época y del sistema político bajo el cual operaba. Con un nivel inigualable hasta don Porfirio manejó todos los asuntos políticos, estatales y nacionales en Nuevo León, Coahuila y en menor grado, en Tamaulipas de acuerdo con los deseos del dictador. Desempeñando sus deberes de Reyes en el gobierno que se le atribuye a la política de Díaz.

Como Gobernador de Nuevo León y agente de don Porfirio en la región que controlaba, don Bernardo Reyes fue el hombre. Para el nuevo sistema político que surgió en 1913, Reyes fue el hombre que más se le atribuye a la política de Díaz. Como Gobernador de Nuevo León y agente de don Porfirio en la región que controlaba, don Bernardo Reyes fue el hombre que más se le atribuye a la política de Díaz.

LA MUERTE DE BERNARDO REYES el 9 de febrero de 1913, constituyó un trágico desenlace a una destacada carrera pública que alcanzó su cumbre cuatro años antes cuando Reyes se negó a dirigir la oposición que estaba cristalizándose contra la dictadura de Porfirio Díaz. Aunque sus primeras proezas las ganó en el campo de batalla, los más grandes éxitos del hábil general tuvieron lugar en el campo administrativo durante veinte y cuatro activos años (1885-1909). Como colaborador de don Porfirio en la construcción del México moderno, Reyes se levantó siendo un virtual desconocido para convertirse en una de las principales luminarias de la época porfiriana.

Temerario y enérgico, comenzó su carrera en 1885 destruyendo el cacazgo Treviño-Naranjo en Nuevo León y luego procedió a guiar los destinos del Estado como su gobernante por más de dos décadas. Aplicando principios autoritarios aprendidos en su experiencia como militar, dio a Nuevo León la administración más honesta y eficiente que había conocido hasta entonces. Sin ninguna muestra ostentosa de poder, mantuvo su mano firme en el Estado de Nuevo León, y estableció una dictadura benévola bajo la cual el Estado, y especialmente Monterrey, se transformaron de su estado letárgico en un centro industrial y comercial de primer orden. Para Bernardo Reyes esta proeza lo convirtió en el Gobernador más destacado del Porfirismo.

No solamente en el campo de la administración estatal destacó don Bernardo. También se distinguió como agente de Díaz en la frontera nordeste. En esto era el prototipo de su época y del sistema político bajo el cual operaba. Con lealtad inquebrantable hacia don Porfirio manejó todos los asuntos políticos, estatales y nacionales, en Nuevo León, Coahuila y, en menor grado, en Tamaulipas de acuerdo con los deseos del dictador. Normalmente una palabra de Reyes era suficiente para detener cualquier oposición a la política de Díaz.

Como Gobernador del Estado y agente político de la dictadura en la región que controlaba, Bernardo Reyes fue excelente. Pero al mismo tiempo era una anomalía. En un período en que la riqueza era la norma del éxito, rehusó enriquecerse y su honestidad e integridad personal sirvieron de ejemplo a todos. En un período en que el ejército mexicano se estaba agotando

por la indolencia y la degeneración moral, Reyes lo levantó escribiendo manuales sobre táctica, intentando resolver el problema del reclutamiento y creando una Segunda Reserva, un fuerte ejército de civiles. En un período en que el progreso material de la nación estaba acompañado de la cruel explotación de los trabajadores industriales y por la esclavización de la población agrícola, la voz de Bernardo Reyes se levantó en defensa del oprimido. Más aún, decretó una legislación social en Nuevo León que lo colocó a la vanguardia del progreso contemporáneo, tanto en México como en el extranjero. Su *Ley Sobre Accidentes del Trabajo* (1906) y su ley tendiente a la eliminación del peonaje (1908), eran dos manifestaciones de su interés humanitario por el trabajador y su bienestar.

Hacia 1909, cuando la dictadura llegaba a su fin, Bernardo Reyes fue aclamado por el pueblo como el sucesor lógico de Porfirio Díaz. Su bien conocida oposición a la rapacidad de la camarilla científica que rodeaba a Díaz y afectaba a la administración; su capacidad probada como administrador; su energía orientadora, honestidad e integridad; su hoja de servicios como militar y su experiencia, y el respeto de que su nombre gozaba entre todas las clases sociales del país, señalaron a Bernardo Reyes como único capaz de encabezar un movimiento de reforma social, económica y política.

Pero aquí comienza la gran tragedia del hombre. Incapaz de oponerse a Díaz por un sentido de lealtad personal y de devoción y decidido a no obtener el holocausto que hubiera resultado inevitablemente de un movimiento armado contra el gobierno, deliberadamente dio la espalda al llamado popular y se sacrificó por lo que él consideraba eran los mejores intereses de su patria. Al proceder así encendió su propia pira política.

Con la abdicación de Díaz en 1911, la causa de Bernardo Reyes, tan íntimamente identificada con el antiguo régimen, se convirtió en una causa perdida. Fue rechazado por casi todos los grandes partidarios de los dos años anteriores, porque el pueblo había transferido su lealtad al hombre que tan audazmente había atacado a la estructura porfirista: Francisco I. Madero. Desde el 4 de junio de 1911, cuando Reyes volvió a México después de año y medio de destierro, hasta que encontró su trágica muerte veinte meses más tarde, su carrera pública había terminado, pero él se negó a reconocerlo. Figura odiada en la situación política de México, a punto de hacer su salida final después de la cual no recibiría más aplausos, Reyes se vio a sí mismo como el único sucesor de Díaz y el llamado por el destino para salvar a México del caos y la anarquía que amenazaban su propia existencia. Actuando sobre estas bases, empujado por sus partidarios, que estaban tan ciegos como él, lo llevaron a cometer una serie de trágicos errores, cada uno de los cuales lo arrastró más profundamente al pantano del cual sólo su muerte, ante el Palacio Nacional, lo hubiera salvado con honor.

Por haberse rehusado a enfrentarse a don Porfirio en 1909, lo señalaron como un cobarde. Por haberse rebelado contra Madero en 1911 y en 1913 fue denunciado como un traidor. Aparte de la seriedad de esta acusación, la desgraciada circunstancia es que los historiadores han interpretado al hombre y todo su papel en la historia de México a la luz de los trágicos sucesos en los que se mezcló desde 1909 a 1913. Tal interpretación es injusta para Reyes, que merece ser juzgado de acuerdo con la época en que vivió: la porfiriana, así como la revolucionaria.

Bernardo Reyes fue esencialmente un resultado y un contribuyente del régimen porfirista al que le dio los mejores años de su vida. La eficiencia y totalidad con la que actuó como agente de Díaz, sus éxitos administrativos en Nuevo León, la honestidad e integridad personal que caracterizó cada uno de sus actos públicos y privados, su devoción al ejército, su deseo de hacer del ejército mexicano una fuerza efectiva de lucha y sus cualidades humanitarias demostradas por su interés por los trabajadores y su bienestar, lo destacan en comparación con otros funcionarios porfiristas.

Desafortunadamente para Reyes, su vida se mezcló con el período siguiente de la historia de México, período extraño para él y para la época autoritaria que le precedió. Si Reyes no pudo aceptar el cambio, no debe ser juzgado con dureza por los trágicos sucesos que lo rodearon en 1911 y 1913. Un estudio imparcial de las realizaciones de la época porfirista determinará el verdadero valor del hombre y lo pondrá en el lugar que le corresponda en la historia mexicana. Una vez que esto se haya determinado firmemente, sus actividades equivocadas en la época revolucionaria le restarán muy poco a su reputación.